

cesario una larga costumbre para poder hacer allí algo que reclamase un poco de cuidado.

Sin embargo, habia allí una persona que trabajaba con verdadero afán: un anciano, con el rostro vuelto hacia la ventana, sentado en un taburete y con la cabeza inclinada sobre su labor, estaba completamente absorto en la construccion de un par de zapatos.

CAPITULO VI.

El zapatero.

—Buenos dias, dijo Mr. Defarge dirigiéndose al anciano.

—¡Buenos dias! respondió una voz tan sumamente débil, que parecia un eco lejano.

—¡Siempre tan ocupado en vuestro trabajo! continuó el tabernero.

Despues de un instante de silencio, la encanecida cabeza se irguió un momento, dos ojos despavoridos se fijaron en Mr. Defarge, y la voz murmuró débilmente:

—Sí... estoy trabajando.

Aquella voz tenia algo de desgarrador y horrible: no era la debilidad que resulta del empobrecimiento físico, por más que hubiese nacido, sin duda alguna, del sufrimiento; era la debilidad que se contrae en la soledad, la que proviene de un prolongadísimo silencio. Aquel acento apagado, falto de vida y que apenas conservaba ninguna de las vibraciones de la voz humana, producía el mismo efecto que un vistoso color, borrado por el tiempo, y del cual queda sólo una mancha pálida y ténue, sin relacion alguna con el tinte que tuvo en otro tiempo. Aquella voz era tan opaca, que parecia escapada de un subterráneo, y su expresivo acento era el de un viajero que, al morir de sed en un desierto, se lamenta recor-

dando la pátria y los seres queridos que no volverá á ver nunca.

Despues de trabajar silenciosamente durante algunos minutos, el hombre de los cabellos blancos volvió á alzar la vista, no por interés ó por curiosidad, sino bajo la influencia de una percepcion puramente maquinal: porque el sitio en que habia visto á Mr. Defarge, que era el único personaje en que habia reparado, continuaba siempre ocupado.

—Yo quisiera que tuviésemos un poco más de claridad, dijo el tabernero, sin dejar de contemplarle: ¿podriais soportar una luz más viva?

El zapatero volvió la cabeza, miró hacia el suelo en todos sentidos y como pareciendo querer fijar toda su atencion; luego miró á Mr. Defarge.

—¿Qué deciais? murmuró.

—Os he preguntado si podriais soportar una luz más viva.

—Si me lo mandais, tendré que soportarla, exclamó con timidez.

Mr. Defarge abrió una de las hojas de la puerta y la sujetó; la posicion en que acabada de colocarla, hizo penetrar un luminoso rayo de luz que permitió ver al zapatero, el cual, con una horma entre las rodillas, habia suspendido su trabajo.

Tenia á su alrededor una porcion de herramientas y algunos retazos de cuero. Su barba blanca y desigualmente cortada, no era muy larga; el rostro estaba demarcado. Sus ojos, que brillaban inquietos bajo dos cejas que se habian conservado negras, y bajo una masa confusa de cabellos blancos, aparecian extraordinariamente grandes. Un guñapo amarillento que le servia de camisa estaba abierto sobre su pecho, y dejaba ver un cuerpo ajado y raquítico. Toda su persona, su vieja blusa de un tejido grosero, sus medias excesivamente anchas, y sus

harapos, faltos de luz y de aire, habían adquirido un color de pergamino tan uniforme, que hubiera sido difícil averiguar el matiz primitivo y adivinar lo que habían sido en otro tiempo.

Había colocado una mano delante de la luz para impedir que le ofendiese la vista, y sus músculos y sus huesos parecían diáfanos. Tenía los ojos fijos en el vacío y no respondía al tabernero sino después de mirar varias veces á su alrededor, como si hubiese perdido la costumbre de relacionar los sonidos con el lugar de su origen y tratase de averiguar de dónde venían las palabras que llegaban á su oído.

—¿Acabareis hoy ese par de zapatos? le preguntó monsieur Defarge, haciendo seña al inglés para que fuese á colocarse á su lado.

—¿Qué decís?

—Os pregunto si os proponéis acabar esos zapatos hoy mismo.

—No me propongo acabarlos... supongo que podré hacerlo... no sé si me será posible...

Estas palabras le recordaron su tarea y comenzó á trabajar nuevamente. Sin embargo, dos minutos después, el zapatero volvió á mirar con ojos despavoridos. No manifestó ninguna sorpresa al ver otra persona más delante de él; pero acercó sus dedos yertos á sus labios, tan descoloridos como sus uñas, y volvió de nuevo á su ocupación.

—Mirad, hay aquí una persona que viene á veros, dijo el tabernero.

El zapatero miró á su alrededor sin abandonar su tarea.

—Vamos, prosiguió Defarge, aquí teneis un caballero muy inteligente en calzado; enseñadle ese zapato para que vea qué bien cosido está.

El anciano obedeció maquinalmente.

—Decidle á este caballero cómo se llama ese calzado, y cómo se llama el que lo ha hecho, prosiguió el tabernero.

La respuesta se hizo esperar más que de costumbre.

—¿Me preguntábais algo? dijo por fin el artesano. ¿Qué me decíais? Ya no lo recuerdo.

—Os suplico que espliqueis á este caballero qué clase de zapato es este que acabais de hacer.

—Un zapato de mujer, un zapato para ir de paseo; ahora se gastan así. Yo no he visto la moda, pero me han dejado un modelo, añadió mirando su obra con mezcla de satisfacción y de orgullo.

Desde que entregó su zapato á Mr. Lorry, se entretenía en pasar el dorso de su mano izquierda por la cavidad de su mano derecha, y viceversa; llevábalas una tras otra á su rostro para acariciarse la barba, y hacia todo esto con suma regularidad y sin interrupción alguna. Para sacarle del ensimismamiento en que volvía á caer inmediatamente, era preciso emplear los mismos medios que para hacer volver en sí á una persona desmayada, ó para reanimar á un agonizante de quien se quiere obtener alguna revelación importante.

—¿No me habeis preguntado mi nombre? repuso con aire distraído.

—Sí.

—Número 105, torre del Norte.

—¿Nada más?

—Número 105, torre del Norte.

Articuló débilmente un sonido, que tenía algo de gemido y de suspiro, y que revelaba su cansancio, y continuó nuevamente su interrumpida tarea.

—¿Habeis sido siempre zapatero? le preguntó Mr. Lorry, mirándole fijamente.

Sus espantados ojos se volvieron hácia Defarge, como para transmitirle la pregunta que acababan de dirigirle; pero viendo que éste permanecía silencioso, acabó por

mirar al gentleman, despues de buscar el sitio en que éste se hallaba.

—¿Qué si he sido siempre zapatero? le dijo, ¡no! Mi oficio no era ese. Lo he aprendido aquí. Lo he aprendido yo solo. Pedí permiso para...

Detúvose de pronto, pareció olvidar á su interlocutor, y volvió á repasar sus manos, una sobre otra, con la regularidad de una máquina. Despues de algunos minutos, sus ojos tropezaron nuevamente con el rostro del inglés; estremeciósse como un hombre que se despierta sobresaltado, y continuó su interrumpida frase.

—Pedí permiso para aprender un oficio... Me costó mucho trabajo... me costó mucho tiempo el conseguirlo... pero desde entónces siempre he hecho zapatos.

—Doctor Manette, le dijo Mr. Lorry devolviéndole su obra: ¿no recordais haberme visto alguna vez?

Dejó caer el zapato que acababa de recibir, y miró fijamente al gentleman.

—Doctor Manette, continuó éste colocando su mano sobre el brazo de Mr. Defarge, ¿no recordais nada al ver á este hombre? Miradle bien, miradme á mí tambien. ¿No conservais en la memoria el recuerdo de un antiguo banquero... de un antiguo criado... de antiguos negocios?... ¿No recordais nada de todo esto?...

En tanto que sus ojos se fijaban alternativamente en su antiguo amigo y en el tabernero, un rayo de luz pareció rasgar el velo que pesaba sobre su imaginacion, y el sello de la inteligencia resplandeció sobre su pálida frente. Esta favorable impresion se debilitó y desapareció casi repentinamente; pero aquel rayo de luz, aquel sello de inteligencia, eran tan semejantes á los que brillaban en la frente de su hija, que tendia hácia él sus brazos temblorosos, que hubiérase creído que habian pasado del uno al otro, como el reflejo de una luz movediza.

Sumergido siempre en la sombra, miró á sus dos in-

terlocutores más distraído que nunca, pasó la vista en torno suyo, sin fijarse en nada, lanzó un profundo suspiro, recogió el zapato que habia dejado caer, y se entregó de nuevo á su trabajo.

—¿Reconoceis á este caballero? le preguntó Defarge en voz baja.

—Sí. Al principio creí que no me seria posible; pero estoy seguro de haber visto, durante un instante, una persona que conocí en otro tiempo... ¡Chist!... retrocedamos un poco... ¡Chist!...

Su hija se habia aproximado poco á poco á su banquillo; hubiera podido poner la mano sobre su hombro, pero él, que ni siquiera sabia que ella existiese, no podia en modo alguno sospechar su presencia y, con la vista fija en la horma, trabajaba activamente.

Todo quedó en el más profundo silencio.

La jóven se hallaba cerca de él, como su ángel custodio; y él, con la vista fija en su labor, no recordaba siquiera que hubiese nadie á su lado. Poco tiempo despues, recogió del suelo una cuchilla, y al ir hacer uso de ella, vió el extremo de una falda de mujer, levantó la vista y sus ojos tropezaron con el rostro de la jóven.

Mr. Lorry y el tabernero se adelantaron temiendo que pudiese herirla con aquella herramienta; pero ella no abrigaba semejante temor y les hizo seña para que se alejasen. El antiguo prisionero la miró con aire espantado y movió los labios sin producir ningun sonido; luego, respirando fatigosamente, acabó por articular estas palabras:

—¿Quién es esta jóven?

Miss Manette, con el rostro bañado en lágrimas, llevó ambas manos á sus labios, le envió un beso y cruzó los brazos sobre el pecho, como si hubiese estrechado contra su corazon la encanecida cabeza del prisionero.

—¿Sois la hija del carcelero? le preguntó.

—Nó.

—Pues entonces, ¿quién sois?

No atreviéndose á hablar, la jóven se sentó á su lado en el banquillo que le servia de asiento y de mesa. El quiso retroceder, pero ella le detuvo suavemente de un brazo. Al sentir aquel contacto, estremeciéronse todos sus miembros, dejó caer la cuchilla y contempló á la jóven.

Los rubios cabellos de ésta, cuyas espesas crenchas flotaban libremente, formaban largos y sedosos bucles. El levantó la mano, la adelantó gradualmente, cogió uno de aquellos sedosos rizos y lo contempló durante algunos momentos; pero poco á poco volvió á su habitual estupor y, lanzando un profundo suspiro, continuó nuevamente su interrumpido trabajo.

Interrumpió su tarea de allí á poco. Miró dos ó tres veces á la jóven con aire despavorido, como si quisiese cerciorarse de que continuaba allí; suspendió su trabajo, llevó su mano derecha al pecho y sacó de él un cordon ennegrecido, del que pendia un trapo hecho dobleces. Aquel trapo, que abrió cuidadosamente sobre su rodilla, contenia dos largos y dorados cabellos que en otro tiempo habia enrollado en uno de sus dedos. Cogió nuevamente en su mano uno de los rizos de la jóven, acercó á él los cabellos que habia sacado y los contempló durante algun tiempo.

—Son los mismos, dijo; pero, Dios mio, ¿cómo puede ser eso? ¿Cuándo han llegado á mi poder? ¿De qué modo me los he procurado?

Mientras la inteligencia brillaba de nuevo sobre su frente, pareció reconocer en el rostro de su hija las mismas líneas que aparecian en el suyo, y volviéndola hácia la luz la contempló con mayor atencion que ántes.

—Ella apoyaba su cabeza sobre mi hombro... repuso como hablando consigo mismo; era de noche... habian

venido á buscarme... Ella tenia miedo y no me dejaba salir: yo, no temia nada. Cuando me hallé en la torre del Norte, los encontraron en una de las mangas de mi traje: «¿Quereis dejármelos? les dije; esto no me puede servir para fugarme, pero sí para que mi alma abandone algunas veces estas horribles paredes!» Si, eso dije, lo recuerdo perfectamente.

Habia articulado varias veces con los lábios cada una de las palabras que queria decir, ántes de proferirlas de un modo perceptible; pero cuando lograba hacerlas oír, las repetia claramente, si bien con extremada lentitud.

—¿En qué consiste eso? ¿Sois vos acaso?...

Los dos espectadores se adelantaron nuevamente, al ver el espanto con que pronunció estas palabras y el rápido movimiento con que las acompañó. Pero miss Manette les hizo seña de que no se moviesen.

—Amigos míos, les dijo, yo os lo suplico: no llameis, no digais nada, dejadnos.

—¡Escuchad!... exclamó el antiguo prisionero, ¿qué voz es esa?

Llevó las manos á sus encanecidos cabellos y los arancó con furiosa rábía; pero tranquilizòse casi inmediatamente.

Guardó los dos cabellos rubios en el pedazo de trapo que le servia de envoltorio, y los ocultó en el pecho; pero no cesaba de contemplar á la jóven, y moviendo la cabeza con aire sombrío:

—Nó... murmuró, nó... Sois demasiado jóven. ¡No puede ser!... Mirad en qué estado se halla el prisionero... ¡Estas no son las manos, ni el rostro, ni la voz que ella conocia!... ¡Nó! ¡Ella y él vivian, hace mucho tiempo, mucho tiempo!... Antes de esos largos años, pasados en la torre del Norte... ¿Cómo os llamais, ángel mio?

—Yo os lo diré más tarde, respondió miss Manette arrojándose á los piés de su padre y extendiendo hácia él

sus cruzadas manos; entónces sabreis quiénes han sido mis padres y en qué ha consistido en que yo no conozca su historia... Hoy, es imposible... Todo cuanto puedo hacer en este momento, es rogaros que me deis vuestra bendicion... que me abraceis... Yo os lo suplico... abrazadme...

El prisionero inclinó la cabeza y mezcló sus cabellos blancos con la brillante cabellera de su hija, que le rodeó con una especie de aureola.

—Si mi voz, prosiguió la jóven, os recuerda la voz que amásteis en otro tiempo, dejad correr vuestras lágrimas... Si al tocar mis cabellos recordais la querida cabeza que se apoyaba en vuestro hombro, cuando estábais en libertad, llorad, llorad, padre mio; si al hablaros de la solicitud con que mi amor sabrá cuidaros despierto en vuestra alma el recuerdo del hogar en que tanto se ha llorado vuestra ausencia... llorad... llorad... padre mio.

Al pronunciar estas palabras, le estrechó contra su pecho y le mecíó como á un niño.

—¡Ay, padre mio! querido padre mio! si al deciros que he venido á buscaros para procurar vuestra tranquilidad, os hago pensar en vuestra existencia, que podia ser tan útil, y que se ha perdido en la inaccion y en el dolor; si al deciros que voy á conducirlos á Inglaterra os hago pensar en esta Francia que tan cruel se ha mostrado con vos, llorad, llorad sin temor. Aún tengo que hablaros de la que ya no existe, aún tengo que deciros que me arrojé á los piés de mi padre, para que me perdone mi vida feliz y tranquila... á mí, que debia pensar noche y dia en sus horribles sufrimientos y procurar á todo trance su libertad. Llorad á su lado, llorad al lado mio... Amigos de mi alma, ahora acabo de sentir sus benditas lágrimas.

El anciano sollozaba pensosamente.

—¡Ah, miradle! ¡Bendito seais, Dios mio, bendito seais! Tenia lo cabeza apoyada sobre el corazon de su hija,

y se abandonaba completamente á los dos brazos que le rodeaban. Ante aquel conmovedor espectáculo, los dos espectadores sintieron asomar las lágrimas á sus ojos.

Quando aquella violenta crisis hubo seguido todas sus fases y la calma siguió á la tempestad, el gentleman y el tabernero se acercaron á levantar al anciano, que yacia en el suelo, en tanto que su hija le sostenia la cabeza y le hacia con sus cabellos una especie de cortina que le preservaba de la luz.

Mr. Lorry, después de sonarse repetidas veces, se acercó á miss Manette.

—¿No podrian arreglarse las cosas, dijo ésta, de modo que no saliésemos de aquí sino para dirigirnos inmediatamente á Inglaterra?

—¿Podrá soportar el viaje? preguntó Mr. Lorry.

—Cualquier cosa le será más fácil que continuar en esta ciudad, cuya permanencia le es odiosa.

—Esta señorita tiene razon, dijo el tabernero, que se habia puesto de rodillas para oír mejor lo que se hablaba; además, yo tengo poderosas razones para desear que Mr. Manette salga de Francia lo más pronto posible. ¿Quereis que vaya á encargar los caballos de posta?

—Eso entra en el terreno de los negocios, y es por consiguiente de mi incumbencia, replicó el gentleman recordando desde luego la calma que le era habitual.

—Tened la bondad de dejarme con él, dijo miss Manette con voz suplicante. Ya veis qué tranquilo está... No temais nada; ¿qué es lo que podria ocurrir? Si teneis miedo de que venga águien, cerrar la puerta con llave. Yo cuidaré de él durante vuestra ausencia, y cuando volvais le hallareis tan tranquilo como ahora.

Mr. Lorry y Mr. Defarge, ménos confiados que miss Manette, eran de opinion de que uno de ellos se quedase á su lado; pero como además de los caballos y del car-

ruaje había que buscar los pasaportes, y el tiempo apremiaba, se decidieron á repartirse la tarea.

Cuando estos señores se ausentaron, la jóven se acostó cerca de su padre y miró cómo dormía. Poco á poco fué oscureciendo y la noche se echó encima. Ambos permanecieron inmóviles hasta que la luz de una lámpara penetró en la guardilla por los intersticios de la pared. Mr. Lorry y Mr. Defarge traían no solamente los papeles necesarios, sino capas, mantas, pan, carne, café y vino. La lámpara y los víveres fueron colocados en el banquillo que, con un camastro, constituía todo el mobiliario de aquel miserable tugurio, y Mr. Defarge, ayudado por el gentleman, despertó á Mr. Manette y le bajó de su mezuquino lecho.

Al contemplar el rostro del prisionero, en que se retrataban el temor y la sorpresa, hubiera sido imposible adivinar los misteriosos pensamientos que agitaban su mente. ¿Tenía conciencia de lo que acababa de suceder? ¿Recordaba las palabras que se le habían dirigido? ¿Comprendía, sobre todo, que se hallaba en libertad? Imposible era de todo punto contestar satisfactoriamente á estas preguntas.

El representante de la casa Tellstone y el tabernero le dirigieron la palabra; pero sus ojos revelaban tal espanto, y eran tan confusas y tan lentas sus respuestas, que temieron aumentar su turbacion, y convinieron ambos en dejarle abandonado á sí mismo. De cuando en cuando, se sujetaba la cabeza con las manos y la oprimía con una fuerza de que hasta entónces no había dado ninguna prueba. La voz de su hija le producía una vivísima satisfaccion, y se volvía hácia ella siempre que comenzaba á hablar. Acostumbrado durante mucho tiempo á una obediencia pasiva, bebió y comió todo cuanto le rogaron, y no hizo la más ligera observacion cuando le rogaron que se pusiese el vestido y la capa que Defarge había traído; pero pareció faltarle tiempo para apoyarse en el brazo de la jóven, y le cogió la mano, conservándola entre las suyas.

Todo estaba dispuesto para la marcha. Mr. Defarge cogió la luz, pasó delante de todos, y la pequeña comitiva se dirigió hácia la escalera.

Apenas habrían bajado algunos peldaños, cuando Mr. Manette se detuvo y miró con aire sorprendido el techo y las paredes

—¿Recordais esta escalera, padre mio? ¿Recordais haber pasado alguna vez por aqui?

—¿Qué decís? murmuró el prisionero.

Pero, sin darle tiempo para repetir su pregunta:

—¿Que sí me acuerdo? balbuceó; nó, ya no me acuerdo... ¡Hace tanto tiempo!... ¡tanto tiempo!...

Su traslacion de la Bastilla al zaquizamí que acababa de dejar, no le había dejado, por lo visto, ningun recuerdo. Oíasele murmurar en voz baja:

—Número 105, ¡Torre del Norte!

Y cuando miraba á su alrededor, era sin duda para buscar los espesos muros de la fortaleza en que había pasado diez y ocho años. Al llegar al pátio, se detuvo sorprendido; y cuando en vez del puente levadizo que creía iba á encontrar, vió el carruaje en medio de la calle, soltó la mano de su hija, y oprimió nuevamente su cabeza, llevado de un asombro que casi rayaba en delirio.

La calle estaba completamente desierta y no se veía á nadie en ninguna de las numerosas ventanas de las casas vecinas. Todo yacía en un profundo silencio, y sólo se divisaba á Mme. Defarge que, apoyada contra la puerta de su tienda y con la vista fija en su labor, continuaba haciendo calceta, como si nada ocurriese en torno suyo.

—¡A la muralla! dijo el tabernero subiendo al pescante.

El postillon hizo cruzir su látigo, y el carruaje se puso inmediatamente en marcha. Corrió primeramente bajo el débil resplandor de los humeantes faroles, bajo la luz cada vez más viva de los barrios principales, cerca de los suntuosos almacenes, de los teatros, de los resplandecien-

tes cafés, á través de la alegre multitud, luego bajo los faroles cada vez más raros, bajo el resplandor cada vez más débil de los arrabales, y últimamente bajo una de las puertas de la ciudad. Había en ella un cuerpo de guardia, varios soldados, algunas linternas y un oficial que se aproximó lentamente.

—Señores, vuestros papeles?

—Védlos aquí, respondió Defarge, que había bajado de su asiento y llamado aparte al oficial. Este es el pasaporte de ese señor anciano que hallareis en el carruaje.

Bajó la voz, el oficial hizo una señal, las linternas se pusieron en movimiento y una de ellas fué introducida en el carruaje por un brazo de uniforme; dos ojos que seguían á la linterna, miraron al anciano viajero de un modo verdaderamente desacostumbrado.

—¡Está bien, pasad! dijo el oficial.

—¡Adios! exclamó Defarge.

Y el carruaje los condujo bajo el resplandor de algunos faroles que luchaban con la noche, y últimamente bajo la bóveda profunda tachonada de estrellas, eternas antorchas, tan distantes de nuestros ojos, que hay algunas cuyos rayos no han descubierto aún nuestro pequeño globo, ese punto imperceptible del espacio, en que se sufre todo cuanto puede sufrirse.

La oscuridad era profunda, la noche fría, y, hasta el romper del alba, Mr. Lorry, sentado en frente del hombre á quien había sacado de la tumba, preguntóse qué suma de potencia vital podría recobrar en lo sucesivo el resucitado, y oyó más de una vez á las sombras nocturnas murmurar estas palabras:

—¿Estais contento de volver á la vida?

Y el espectro, como en la silla-correo de Douvres, respondía:

—¡No lo sé!

LIBRO SEGUNDO

EL HILO DE ORO.

CAPITULO I.

Cinco años despues.

El banco Tellson ocupaba, en las cercanías de Temple-Bar, una casa que, ya muy antigua en 1780, era sumamente pequeña, sombría é incómoda. Era poco probable que llegase á participar de las ventajas de los nuevos edificios, porque los señores Tellson y C.^a estaban orgullosos de sus pequeñez, de su fealdad y de sus inconvenientes, y hasta se vanagloriaban de la superioridad que tenía bajo estos distintos aspectos. Hallábanse íntimamente persuadidos de que su casa hubiera sido ménos respetable si no hubiese tenido todos estos defectos: y esta convicción era una arma poderosa que esgrimían incesantemente contra las casas de banca mejor instaladas que la suya.

La casa Tellson, decían, no necesita mucho espacio ni mucha luz, ni grandes embellecimientos; esto podrá ser indispensable á los Snooks hermanos, ó á los Noakes y Bridge, pero no á los Tellson y C.^a, gracias á Dios!

Cualquiera de los sócios hubiera sido capaz de desheredar á su hijo, si el desdichado hubiese hablado de reedificar la casa. Es verdad que el país sigue, con respecto á